

EL AGRADECIMIENTO

nos salva

Los niños y los ancianos son religiosos por naturaleza. La razón principal de su sintonía espiritual es muy sencilla: unos están cerca del principio de la vida y otros de su fin. Ambos experimentan el misterio del nacimiento y de la muerte que envuelve a todo ser humano. Y ambos, por tanto, sienten en carne propia lo que significa la fragilidad y la vulnerabilidad.

ESTE sea quizá el motivo por el que los que estamos en medio –adolescentes, jóvenes y adultos– más o menos sanos tendemos a olvidar el hecho más básico de nuestra existencia, nuestro carácter frágil y pasajero, y fluctuamos entre periodos de mayor o menor increencia. De vez en cuando, sin embargo, un nacimiento, un funeral, un fracaso laboral, un desengaño amoroso o una enfermedad repentina nos sacan de nuestros sueños de inmortalidad y omnipotencia. Estas experiencias nos abren los ojos y nos reubican en el sitio adecuado, en nuestro justo lugar de criaturas.

El problema es que olvidamos con gran facilidad y volvemos a la casilla de salida, a la ingenua ilusión de seguridad, salud y estabilidad. Con demasiada frecuencia damos la vida por sentada, cuando es un regalo sorprendente que se renueva cada día. Los mayores, que miran a la muerte de frente, y los niños, para quien cada nuevo día es un tesoro a desenterrar, lo saben bien.

¿Cuál es, entonces, la clave para poder mirar la vida con realismo e ilusión, con los ojos del anciano y el niño? La clave no es otra que el agradecimiento. Vivir



viendo gracias nos hace más contemplativos, permitiéndonos reconocer el don de la vida en las experiencias pequeñas y cotidianas. Es por ello que el agradecimiento se convierte en el ejercicio espiri-

tual más básico, el que nos saca de nuestra amnesia temporal y nos sitúa, lúcidos y serenos, ante el regalo de la propia existencia.

El refranero popular afirma que «es de bien nacido ser agradecido». Quizá por ello los padres, conscientes de su importancia, corrigen a sus hijos pequeños hasta que aprenden a dar las gracias. Los estadounidenses captaron muy pronto la importancia del agradecimiento también como virtud cívica y como cemento de la sociedad, institucionalizándolo en la popular fiesta –de carácter civil, pero con profundas resonancias religiosas– de *Thanksgiving* (Día de Acción de Gracias).

Para un creyente, sin embargo, la importancia del agradecimiento va mucho más allá de la buena educación, la necesaria convivencia y la identidad nacional. Toca un elemento central de la vida espiritual.

En griego, *εὐχαριστία* significa «acción de gracias». La liturgia por ello nos recuerda que «en verdad es *justo y necesario*, es

El agradecimiento es el ejercicio espiritual más básico, el que nos saca de nuestra amnesia temporal y nos sitúa, lúcidos y serenos, ante el regalo de la propia existencia.

nuestro *deber* y *salvación*, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor». Reconocer lo recibido, para el cristiano, no es sólo una necesidad, una cuestión de justicia y un deber. Todavía más importante, es un auténtico camino de salvación. Esta intuición atraviesa la Biblia y llega a nosotros mediada por la vida de Jesús, que no puede entenderse sino como una entrega agradecida a la voluntad del Padre.

Los salmos, con los que el pueblo hebreo ha rezado durante milenios, son uno de los mejores lugares donde se expresa la experiencia del pueblo de Dios, un lugar al que sin duda Jesús acudió en repetidas ocasiones. El Rey David, a quien se atribuye la autoría del salterio, exclama, «te doy gracias, Señor, de todo corazón contando todas tus maravillas» (Sal 9, 2), señalando el modo de agradecer, «alabaré el Nombre de Dios con cantos: te engrandeceré con acción de gracias» (Sal 69, 30), y las razones por las que invita al pueblo a imitarle, «entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dadle gracias, bendecid su Nombre: El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad de edad en edad» (Sal 100, 4-5).

Cuando los primeros cristianos decidieron poner por escrito su experiencia de encuentro con Jesús, construyeron sobre esta larga tradición bíblica y expresaron, a la luz de la resurrección, la

necesidad de reconocer los dones recibidos: «dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 20). La experiencia pascual, para Pablo, nos hace vivir «arraigados y cimentados en Él, confirmados en la fe que os enseñaron, derrochando agradecimientos» (Col 2, 7). El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, hace suyo también este tema relacionándolo con la llegada del Reino: «Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso, el que es y era, porque

Este nuevo contexto cultural supone un gran reto espiritual para el creyente, pero también una dificultad para toda persona –creyente o no– que quiera ser lúcida y coherente con su propia historia. Sin duda los valores del esfuerzo, el éxito y el emprendimiento poseen elementos valiosos y positivos para la economía y para la sociedad, pero no podemos olvidar que ninguno de ellos habría sido posible sin el apoyo, a menudo anónimo y silencioso, que toda persona recibe a lo largo



has asumido el gran poder y has comenzado a reinar» (Ap 11,17).

Nuestra cultura contemporánea, marcada por los valores del éxito, el esfuerzo y –la nueva palabra comodín– el emprendimiento, parece haber eclipsado la centralidad del agradecimiento como valor y como actitud ante la vida. «Uno no tiene por qué mirar atrás y agradecer tanto», parecen decirnos, «más bien tiene que mirar hacia delante, trabajar duro, emprender y abrirse camino en la vida por sus propios méritos». El que fracasa es porque no se ha esforzado lo suficiente o porque no ha sido creativo.

de su vida de familiares, amigos y –en un sentido más amplio– de Dios y del prójimo.

Si las experiencias de fracaso, fragilidad y vulnerabilidad nos recuerdan quiénes somos y cuáles son nuestros límites, el hábito del agradecimiento nos ayuda a vivir con lucidez y a reconocer todo lo que hemos recibido. Sin el agradecimiento, no solo olvidamos a Dios y olvidamos quiénes somos, llegamos incluso a creernos lo que no somos. Es por eso que quizá sea el agradecimiento, en último término, quien nos salve.

JAIME TATAY, SJ